

equivocase? ¿Y si no le amaba? Esa idea acudió de pronto á mi mente y me asusté de mi propio sentimiento que sólo Dios sabe á donde habría podido llevarme y el recuerdo de su confusión y de la mía dentro del cercado de las cerezas, cuando de un salto me coloqué á su lado, me pesaba, oprimiéndome el corazón. Las lágrimas humedecieron mis ojos y recé. Se me ocurrió entonces un pensamiento muy extraño que me produjo un gran alivio é hizo que la esperanza renaciese en mí. Resolví em-
zar mis ejercicios religiosos y escoger el día de mi natalicio para desposarme y ser su prometida. ¿Cómo y por qué? ¿Cómo podía ocurrir esto? No sabía nada; pero desde aquel momento me figuré que sucedería así. Habíase hecho completamente de día y todos se levantaban cuando me retiré á mi cuarto.



IV

Nos hallábamos en la *Cuaresma de la Asunción* (1) y por esta razón no sorprendió á nadie en casa mi proyecto de empezar desde luego mis ejercicios religiosos. Durante una semana y lejos de sorprenderme, alarmarme ó incomodarme con él, me satisfizo que no se presentase y sólo le esperaba el día de mi cumpleaños. Durante esa misma semana, me

(1) Esa expresión muy vulgar en Rusia, corresponde á los que se llama en los países católicos, hacer un retiro preparatorio ejercicios piadosos y prepararse con examen de conciencia.

levantaba todos los días muy temprano y mientras que enganchaban el coche, sola y recordando el pasado, ó meditando en lo que tenía que tenía que hacer para que al llegar la noche estuviese satisfecha del día y tranquila por no haber cometido faltas, me paseaba por el jardín.

Cuando se adelantaba el coche, subía á él acompañada de Macha ó de una doncella y nos íbamos á la iglesia que distaba unas tres verstas. Al entrar en la iglesia acordábame siempre de que se ruega por aquellos «que entran con santo temor de Dios» y hacía esfuerzos para elevarme hasta ese pensamiento, sobretodo en el momento en que subía los escalones del atrio que estaba cubierto de hierba. Generalmente, á aquellas horas, no había en la iglesia arriba de diez ó doce personas, aldeanos y siervos, que se preparaban para hacer sus ejercicios piadosos y me desvivía para responder con apresurada humildad y en persona me acerqué, y lo consideraba como una hazaña, al cajón de los cirios para coger

algunos de manos de veterano soldado que desempeñaba las funciones de *Starosta* (1) y luego íbame á colocarlos ante las imágenes. A través de la puerta del santuario, veía la sábana del altar que mi madre había bordado y encima de la pintada imagen (2) había dos ángeles, que recuerdo que cuando era niña me parecían inmensos y una paloma rodeada de una dorada aureola que, también en aquella época, me llamaba la atención de una manera extraordinaria. Detrás del coro veía la pila bautismal redonda y grande en la que tantas veces había yo servido de madrina á los hijos de nuestros colonos y siervos y en la que me habían bautizado. Se presentó el anciano presbítero llevando puesta una casulla sacada del paño mortuario que cubriera el

(1) «Starosta». Cargo semejante al que en las iglesias católicas de las aldeas desempeñan los mayordomos de la obra ó de las cofradías, y es el encargado en Rusia de recoger las limosnas, ofrendas, etc.

(2) La religión cismático-griega, es iconoclasta y no admite en su culto imágenes de talla y si sólo pinturas sobre tabla, piedra, etc., que adoran ó engazan con pedrería, habiendo algunas imágenes de esta clase que se han hecho célebres, aparte de su mérito artístico, por la riqueza de sus adornos.

ataúd de mi padre y empezó á cantar el oficio con aquella voz, que, allá en lo más remoto de mis recuerdos, encontraba yo que era la misma con que cantara en nuestra casa los fúnebres oficios de la iglesia, en el bautizo de Sonia, en los responsos de mi padre y en los funerales de mi madre. Después oí resonar en el coro aquella otra voz cascada de chantre, voz que tanto conocía. Veía, del mismo modo que viera siempre, á cierta anciana plegada en dos que asistía á todos los oficios, que arriada á la pared y estrechando entre sus manos cruzadas un pañuelo desteñido, miraba fijamente y con los ojos empañados por las lágrimas, una imagen de los cuadros del coro, al mismo tiempo que mascullaba entre su boca desdentada no sé qué oración. No era la sola curiosidad ó únicamente las reminiscencias del recuerdo lo que acercaba á mí todos esos seres, sino que todos se mostraban á mis ojos grandes y santos, todos ellos llenos de un repeto profundo.

Escuchaba con mucha atención todas y ca-

da una de las palabras de la plegaria que leían, procurando poner mis sentimientos de acuerdo con ellas, y si no las comprendía, pedíale mentalmente á Dios que me iluminase ó bien substituía con mis propios rezos aquellos que no entendiera bien. Cuando leían las plegarias de la penitencia, acordábame de mi pasado y aquel pasado de inocente infancia me parecía tan negro con respecto al estado de serenidad en que se hallaba mi alma en aquel momento que, asustada, lloraba en aquellos instantes sobre mi misma. Comprendía al mismo tiempo, sin embargo, que todo me había sido perdonado, y que aún cuando en aquel entonces hubiese tenido muchas más faltas que reprocharme, el arrepentimiento habría sido muchísimo más agradable.

Al terminar el oficio, y en el momento en que el sacerdote pronunciaba las palabras de «la bendición del Señor sea con vosotros», parecíame experimentar instantáneamente en mí un sentimiento de bienestar hasta físico,

del mismo modo que si una corriente de luz y de calor me hubiese de pronto penetrado hasta el corazón. Terminado el oficio, si el sacerdote se acercaba á mí y me preguntaba si tenía que ir á casa á celebrar las vísperas y cuando le daba las gracias emocionándome, lo que pensaba hacer en mi obsequio y le contestaba que yo iría á pie ó en coche.

—De manera que queréis tomaros esa molestia, —me respondía.

Y no sabía qué decirle, temiendo pecar por exceso de orgullo.

Al llegar á la iglesia, mandaba generalmente que se retirase el coche, y si no estaba Macha conmigo, volvíame sola á pie, saludando profunda y humildemente á todos los que encontraba, buscando las ocasiones para favorecerles, dándoles consejos, sacrificándome por ellos, ayudándoles á levantar algún carro volcado, teniendo un niño en brazos ó metiéndome entre el barro para facilitar un paso. Una tarde oí decir al intendente, que estaba hablando con Macha, que un aldeano, un tal Si-

món había ido á pedirle una tabla de pino, para hacer un ataúd para su hija y un rublo en metálico para pagar los funerales y que se lo había facilitado todo.

—Pero ¿tan pobres son?—pregunté.

—Tan pobres, señorita, que no prueban la sal (1)—me contestó el intendente.

Se me oprimió el corazón y al mismo tiempo me regocijé hasta cierto punto de haberme podido enterar de aquello. Hice creer á Macha que me iba de paseo y me subí á mi cuarto, en donde cogí todo el dinero que tenía (que era muy poco, pero que era todo lo que poseía) y saliendo después me marché sola atravesando la terraza y el jardín, encaminándome hacia la aldea para ir á la choza de Simón. Hallábase ésta á un extremo, y sin que nadie me viese me acerqué á la ventana, en la que dejé el dinero, llamando después. Rechinó entonces la puerta, salió alguien que me llamó, pero yo, helada y temblando de miedo, lo mismo que si

(1) «No probar la sal, Vivir sin sal», expresiones populares rusas que se emplean para expresar una gran miseria.

hubiese cometido un crimen, hui corriendo, volviéndome á casa. Preguntóme Macha qué era lo que tenía y que de dónde venía; mas no comprendí completamente lo que me preguntaba, alejándome, y no la respondí. Todo me parecía en aquellos momentos cosa de poca importancia y sin consecuencias. Me encerré en mi habitación y me puse á pasear durante largo rato á lo ancho y á lo largo comprendiendo que el estado en que se hallaba mi ánimo no me permitía hacer nada ni pensar en nada, no siéndome posible darme cuenta de mis propios sentimientos. Figurábame la alegría de toda una familia; las palabras que se habrían escapado de su boca dirigidas á la persona que había dejado allí el dinero, y me daba hasta pena el no habérselo entregado yo misma. Me preguntaba lo que, en aquel caso, habría dicho ó pensado Sergio Mikailovitch, al enterarse de aquello, y gozaba al pensar que no lo sabría jamás. Y experimentaba una alegría tal y hallábame tan penetrada de la imperfección de todos y de la mía propia, me conside-

raba á mí misma y á los otros con tanta dulzura que, en semejantes momentos, la muerte se ofrecía á mí como una visión de dicha. Sonreíame, rezaba lloraba, y entonces amaba á todos los séres que hay en el mundo, y amábame á mí misma con extraño ardor. Leyendo mis libros piadosos y de preces, hallé muchos pasajes del Evangelio, y todo lo que leía de este libro era para mí más y más inteligible; más conmovedora y más sencilla me parecía que era la historia de esa vida divina, más temibles é impenetrables esas profundidades de sentimiento y de pensamiento que descubría á través de aquella lectura. Después de terminada ésta y cuando meditaba acerca de ella, parecíame todo claro y fácil cuando consideraba de nuevo la vida á que me lanzara y recapacitaba acerca de ella. Me pareció imposible no poder vivir bien y tan sencillo amar al prójimo como ser amado por por éste. Todo el mundo, por otra parte, es muy bueno y cariñoso para mí; hasta Sonía, á la que seguía dando lecciones, y que se ha-

bia metamorfoseado por completo, haciendo esfuerzos para comprenderlo todo, procurando dejarme satisfecha y no apenándome. Lo que quería yo ser para los demás trataban los demás de serlo para mí.

Ocupándome enseguida de mis *enemigos*, de los que debía obtener el perdón antes de que llegase el gran día, acordéme únicamente de una señorita de la vecindad, de la que, hacia cosa de un año, hablame yo burlado delante de las personas que se hallaban de visita, y con la que desde entonces no nos tratábamos. Escribíle una carta reconociendo mi falta y pidiéndole perdón por ella. Respondióme solicitando el mío y perdonándome. Al leer aquellas líneas tan sencillas como sentidas, que me parecieron entonces impregnadas de un sentimiento muy profundo y tierno, derramé lágrimas de alegría. Mi criada lloró también cuando la pedí perdón; ¿por qué eran todos tan buenos para mí?—¿Qué habré hecho para merecer tanto cariño?—me preguntaba.

Acordéme involuntariamente de Sergio Mi

kailovitch, y pensé en él; no podía ser de otra manera, y no conté con esa distracción como con una ligereza. Es verdad que no pensé hasta entonces en él como lo hice aquella noche en la que, por vez primera, descubrí que la amaba; pensé en él lo mismo que en mí, asociándolo, á pesar mío, á todas y á cada una de las preocupaciones de mi porvenir. La influencia dominante que su presencia ejerciera en mí, se borraba enteramente en mi imaginación. A la sazón comprendía que era su igual, y desde lo alto del edificio ideal en que me cernía, tenía plena comprensión de él, haciéndose inteligible para mí todo aquello que en tiempos no acertara á explicarme por parecerme extraño. Apreciaba perfectamente entonces aquel pensamiento suyo de que la dicha verdadera consiste en vivir para los demás, y me hallaba completamente de acuerdo con él, pareciéndome que nosotros dos podríamos gozar de una dicha tranquila é ilimitada. Y no imaginaba ni un viaje al extranjero, ni la sociedad ni los esplendores de

ésta, sino una existencia tranquila, vida de familia en el campo, abnegación pésima de la propia voluntad, amor perpetuo del uno para el otro y reconocimiento eterno y absoluto de la dulce y misericordiosa providencia.

Conforme me lo había propuesto hice mis devociones y prácticas religiosas el día de mi cumpleaños y de mi corazón se desbordaba de tal manera la alegría en esos momentos, cuando volví de la iglesia, que experimenté toda clase de temores, temor de la vida, temor de cada sensación, temor de todo lo que podía turbar esa dicha. Apenas nos apeamos de nuestro carruaje al pie de la escalinata, oí resonar en el puentecillo el ruido, tan conocido de todos nosotros, del cabriolé de Sergio Mikailovitch, y poco después vi á éste. Entramos juntos en el salón, me felicitó, y nunca, desde que le conocí, me hallé tan tranquila á su lado ni tan independiente como aquel día. Comprendía que llevaba todo un mundo en mí, mundo enteramente nuevo que él no se explicaba y que le era superior. A su lado no

experimenté la menor agitación. Tal vez puede que, sin embargo, lo que pasaba en mi fuero interno, fuera porque me mostró una dulzura y una delicadeza especial y una religiosa deferencia. Me acerqué al piano, pero Sergio lo cerró guardándose la llave en el bolsillo y diciéndome:

—No distraigáis hoy el espíritu ni echéis á perder el estado de ánimo en que veo en estos momentos, en los que hay en vuestra alma; una música á la que ni aun remotamente se acerca ninguna de las armonías de este mundo.

Mucho le agradecí estas palabras, y al mismo tiempo me desagradó algo el que comprendiese así y con tanta facilidad como claridad, todo lo que, en los dominios de mi alma, sucedía, y que debía ser un secreto para todos.

Después de comer, manifestó que había ido para felicitarme, y al mismo tiempo para despedirse, porque al día siguiente pensaba marcharse á Moscou.

Al pronunciar estas palabras, miró á Macha y en seguida me dirigió una mirada rápida, como si temiese hallar en mi rostro la huella de alguna emoción; pero yo no me presenté como emocionada ni turbada, y ni siquiera le pregunté si sería muy larga su ausencia. Sabía que se expresaría de aquella manera y también que no se marcharía. ¿Cómo lo sabía? No puedo explicarlo, pero me parecía que aquel día memorable sabía todo lo que había sido y todo lo que sería. Hallábame como en uno de esos ensueños venturosos en los que se goza de una especie de visión luminosa que abarca tanto el porvenir como el pasado. Quería Sergio marcharse en cuanto terminase la comida, pero no pudo hacerlo, porque Macha se levantó de la mesa, marchándose á dormir la siesta, y tuvo que esperar á que se despertase para poderla decir adiós.

El sol daba de lleno en el salón y nos salimos á la terraza. Apenas nos instalamos allí, entablé en seguida, y con una calma perfecta la conversación que debía decidir de la suer-

te de mi amor. Empecé, pues, á hablar y, ni antes ni después, sino en el momento preciso en que nos hallamos frente á frente, y no se dijo nada de más sin que se deslizase en la conversación tampoco, nada que fuese contrario al carácter general de la misma, ni que pudiese empezar lo que pensaba decir. Yo misma no acierto á explicarme de donde saqué aquella calma ni la resolución y precisión de mis palabras.

Habriase dicho que no era yo el que hablaba y que un no sé qué independiente de mi voluntad, era lo que me hacía hablar. Estaba sentado enfrente de mí, y habiendo atraído hacia sí una rama de lilas, la arrancó con hojas y todo. Cuando comencé á hablar, soltó la mata y se cubrió el rostro con la mano, y semejante postura podía ser muy bien la de un hombre completamente tranquilo, así como también la de una persona dominada por profunda agitación.

—¿Por qué pensáis marcharos?—empecé á

decir con acento resuelto, y me callé, mirándole fijamente á los ojos.

En el primer momento, no me respondió.

—Un negocio,—dijo al cabo bajando los ojos.

Comprendí que le parecía muy difícil fingir ante una pregunta formulada tan categóricamente.

—Escuchadme,—añadió.—Ya sabéis lo que representa para mí el día en que nos hallamos. Bajo muchos puntos de vista es un gran día. Si os interrogo, no es únicamente para daros una prueba de interés (ya sabéis que me acostumbé á veros y que estimo mucho), sino porque me conviene saberlo. ¿Por qué os marcháis?

—Me es por todo extremo difícil deciros la verdad y daros cuenta del por qué me voy. Durante esta semana pensé mucho en vos y en mí mismo, y decidí que me convenía marcharme... ¿Me comprendéis?... ¿Por qué? Pues si me amáis, no me interroguéis más.

Se enjugó la frente con la mano y con esta misma se cubrió los ojos, añadiendo:

—Esto me es muy penoso, Katia, pero lo comprendéis...

El corazón me empezaba á latir con mucha fuerza en el pecho.

—No puedo comprenderlo,—repliqué,—no puedo, pero vos habladme en nombre de Dios por el día que es hoy, habladme, que lo podré oír todo con mucha calma.

Cambió de postura, me miró y levantó la rama de las lilas.

—Además,—añadió pasado un momento en silencio y con una voz que en vano quería aparentar que era firme,—á pesar de que sea aburrido y casi imposible traducirlo en palabras y me cueste mucho trabajo, intentaré daros explicaciones,—y al acabar de decir estas palabras, frunció el entrecejo lo mismo que si hubiese experimentado un dolor físico.

—Oigamos,—dije.

—Figuraos que hay un señor del que supondremos que se llamaba A, y que estaba

envejecido y cansado de la vida, y una señora B, joven y dichosa, que no sabía aún ni una palabra del mundo ni de la vida. A consecuencia de diversas relaciones de la vida, la quería como á una hija y no temía que ese cariño pudiese cambiar de naturaleza.

Se calló y yo no le interrumpí.

—Pero, — siguió diciendo de pronto con acento breve y resuelto y sin mirarme á la cara,—habíase olvidado de que B era joven, que la vida no era para ella más que un juego, que muy fácilmente podía suceder que él la amase y que B podía divertirse. Se equivocó, y un hermoso día se apercibió de que otro sentimiento, tan pesado de llevar como un remordimiento, se había deslizado en su alma y se asustó. Temió, al ver esto, que sus buenas y antiguas relaciones de amistad sufriesen, y se alejó antes de que tuviesen tiempo para cambiar de naturaleza.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, se pasó otra vez la mano por los ojos

con un ademán de aparente negligencia, y se los tapó.

—¿Y por qué tenía miedo de querer de otra manera?—pregunté en seguida dominando mi emoción y con voz firme, pero, á la cuenta, le pareció frívola porque me replicó con el acento de un hombre ofendido:

—Sois joven y yo no; tal vez os guste jugar y á mí es otra cosa la que me conviene. Lo que os aconsejo es que no os burléis porque os aseguro que eso no sería bueno para mí y para vos un cargo de conciencia. Ahí tenéis lo que dijo A,—añadió;—pero todo eso es un absurdo. Ahora comprenderéis porque me marcho; os suplico que no hablemos más de eso.

—¡Sí, sí, hablemos!—exclamé; y las lágrimas ahogaron mi voz.—¿La amaba ó no?

No me respondió.

—Y si no la amaba ¿por qué se burlaba de ella como de una niña?

—Sí, sí, A fué culpable,—respondió interrumpiéndome;—pero todo concluyó y se separaron como buenos amigos.

—¡Eso es horroroso! ¿No tiene otro final?— pregunté asustada de lo que decía.

—Sí, lo hay,—dijo, y descubrió su rostro trastornado mirándome cara á cara.— Hay hasta dos finales distintos; mas, por el amor de Dios, no interrumpais y escuchadme tranquilamente. Dicen unos,—empezó á decir levantándose y sonriendo con expresión triste y dolorida,—que A se volvió loco, que amaba á B con un amor insensato y que se lo dijo... pero que ella se contentó con echarse á reir. Para ella todo aquello no fué más que divertida charla, para él negocio de toda la vida.

Estremecíme y traté de interrumpirle diciéndole que no debía hablar de mí de aquella manera; empero me lo impidió y poniendo su mano sobre la mía:

—Esperad,— añadió con voz temblona.— Otros dicen que tuvo compasión de él y que imaginó ¡pobrecilla, que no sabía lo que era el mundo! poderle en realidad amar y consentir en ser su esposa. Y él, lo mismo que un insensato, lo creyó, se figuró que su vida toda

empezaba de nuevo; empero ella misma fué la que se apercibió de que le engañaba... No hablemos más de todo esto,—dijo á manera de conclusión y hallándose indudablemente en un estado que no le permitía seguir hablando, y en silencio volvió á colocarse delante de mí.

Decía «no hablemos más» y era evidente que, con todas las fuerzas de su alma esperaba á que yo le dijese una palabra. Quería, en efecto, hablar, y no podía porque había algo que me oprimía el pecho. Le miré y ví que estaba muy pálido y que el labio inferior temblábale. Me dió pena verle así. Hice un esfuerzo y de pronto, consiguiendo romper el silencio que me paralizaba, con voz lenta, concentrada y que, á cada momento temía ver quebrantada, dije:

—Esa historia tiene otro final (me detuve un momento y Sergio no dijo nada) y ese final es que él no la amaba, que hizo mal, pero muy mal, que se figuró tener el derecho y que

se fué é hizo aún más; se mostró orgulloso. No fué por mi parte sino por la vuestra por parte de quien hubo charla, entretenimiento. Desde el primer día os amé, sí, os amé,—repetí, y al decir estas palabras «os amé», mi voz cambió involuntariamente su expresión lenta y concentrada para convertirse en una especie de grito salvaje que me asustó á mi misma.

Estaba delante de mí en pie y muy pálido; su labio temblaba cada vez más y por sus mejillas deslizáronse silenciosas dos lágrimas.

—¡Eso está mal!—exclamé con pena, sintiendo que las ganas de llorar, no saciadas, me ahogaban.—¿Y por qué?—continué poniéndome en pie para alejarme; pero me lo impidió acercándose á mí, y muy pronto su cabeza descansó sobre mis rodillas y sus labios besaron y volvieron á besar mis manos temblonas que humedecía con sus lágrimas.

—¡Dios mío, si lo hubiese sabido!...—murmuró.

—¿Por qué? ¿Por qué?—repetía maquinal-

mente y henchía mi alma una de esas dichas que se desvanecen en seguida, una de esas felicidades de las que no se goza más vez en la vida.

Al cabo de cinco minutos, Sonia echaba á correr en busca de Macha, y después por toda la casa, diciendo á gritos que Katia se iba á casar con Sergio Mikailovitch.